

LA GENERACION DEL 67

En el Bicentenario de la Muerte de Francisco Javier Clavijero (1787-1987)

Xavier Gómez Robledo*

Quisiera mostrar con brevedad cómo el grupo de José Rafael Campoy, Francisco Javier Clavijero, Diego José Abad, Francisco Javier Alegre, Rafael Landívar, Agustín Pablo Castro y otros más, pertenecen a lo que con justicia se le puede llamar la Generación del 67, algo así como en España al grupo de Unamuno, Azorín, Antonio Machado y otros, se le llama con verdad la Generación del 98.

Al exponer esta idea que hace algún tiempo traigo en mi mente acerca del nombre de la Generación del 67, no pretendo colocar a una generación sobre otra (lo cual resultaría odioso), sino simplemente mostrar la verdad del nombre de la Generación del 67. Pero sí aparecerán de paso, al ir ilustrando la una con la otra, afinidades muy grandes entre estas dos generaciones, la del 67 y la del 98.

Una generación literaria (según los estudiosos de este fenómeno, como v.g. Ortega y Gasset en España, Petersen en Alemania), es un grupo de escritores más o menos contemporáneos, más o menos semejantes en los temas, más o menos afectados por las mismas circunstancias históricas.

Según Petersen, los puntos claves de una generación literaria son los siguientes: el hecho generacional, la contemporaneidad, la semejanza de los elementos formativos, las relaciones interpersonales, el líder de la generación, el lenguaje generacional y el anquilosamiento de la generación anterior.

Tomando como ejemplo la Generación del 98, se ve claro que esta fue una verdadera generación literaria.

El hecho generacional (factor decisivo e indispensable para formar una generación) que sacudió profundamente a todos ellos, fue la pérdida en 1898 de la soberanía española sobre la Isla de Cuba, las Filipinas y Puerto Rico, tras la destrucción por la armada norteamericana frente al Puerto de Santiago de Cuba, de la flota española mandada por el almirante Cervera. Este golpe fue lo que los unió, los despertó y los estimuló para hacer una obra de conjunto que fuera trascendental y duradera. Y esta fecha de la derrota de España fue la que dio el nombre a la generación: la Generación del 98.

La contemporaneidad de una generación literaria no requiere que sean todos del mismo año de nacimiento o de colegio, sino que tengan una cercanía de tiempo suficiente para tratarse como compañeros. En el grupo del 98, había diferencias de unos 4 a 5 años de edad, entre Azorín, Pío Baroja, Antonio Machado. Unamuno era mayor que todos, pero tenía la mente joven y su simpatía lo llevaba a sincronizar espiritualmente con todos ellos.

Los elementos formativos de la Generación del 98 fueron semejantes en cuanto que todos estos escritores, excepto también Unamuno, no terminaron sus estudios universitarios del todo. Fueron autodidactas. Tenían todos el ansia de leer y el afán de escri-

bir.

Las relaciones personales entre el grupo del 98 ciertamente fueron muy cordiales, ya que todos, excepto otra vez Unamuno, vivían en Madrid y se reunían para intercambiar sus inquietudes en los cafés de la ciudad o en la casa de Pío Baroja. Unamuno venía seguido de Salamanca a Madrid.

El líder de todos, por su fuerte personalidad y su amplia cultura, fue sin duda Miguel de Unamuno, quien siempre, hasta el día de su muerte, ejerció sobre el grupo un poderoso ascendiente.

También ellos lograron formar un lenguaje generacional, al reaccionar contra las frases huecas y sin expresión de los retóricos del siglo XIX, con lo cual queda dicho que las generaciones anteriores a ellos estaban anquilosadas, es decir, sin movimiento y sin vitalidad. Todo este envejecimiento se resumía en la lapidaria frase de Unamuno: "Me duele España".

La generación del 67 cumple también, según juzgo, los requisitos indicados por los investigadores para formar una generación literaria, y además tiene la trascendencia en la cultura mexicana, que la del 98 tuvo en la cultura española.

El hecho generacional que sacudió a los del 67 fue la ordenada por Carlos III, Rey de España (por razones que —como él dijo— se reservó en su real pecho), del destierro de todos los jesuitas que estaban en los dominios españoles. La pragmática sanción (como fue llamada) se dio en España el 27 de febrero de 1767, y

* Doctor en Letras por la UNAM. Profesor numerario de Ciencias de la Comunicación del ITESO.

Aunque en la factura del verso latino Vanière pueda ser superior a los demás, Rafael Landívar en su *Rusticatio Mexicana* (Por los campos de México) publicada en edición bilingüe y con excelentes notas por Octaviano Valdés en la editorial JUS, es con mucho superior a todos. Aparte de la suavidad de sus versos, es un poema vital: no sólo habla de lagos, ríos, ingenios de azúcar, minas, sino también de los voladores de Papantla, de las corridas de toros, de la inteligente cacería de los patos por parte de los indígenas, del juego de pelota, de la cruz de Tepic, del terremoto que acabó con la capital de Guatemala, de la aparición repentina del volcán Jorullo (algo así como la del Parícutín en el siglo XX) y otras muchas cosas de gran interés para el historiador.

En latín está el poema de Diego José Abad *De Deo Deoque Homine Heroica* (Poema heroico sobre Dios y el hombre Dios), en que habla de los atributos de Dios y de los misterios de la vida de Cristo. Hay en el poema, de cuando en cuando, alusiones nostálgicas a la patria mexicana.

Los exámetros latinos de Alegre son una preciosa traducción de *La Iliada* de Homero.

Juan Luis Maneiro escribió en excelente prosa latina las vidas de algunos jesuitas de la Generación del 67, *De Vitis Aliquot Mexicanorum*...

Agustín Pablo Castro, polígrafo, escribió en latín, italiano y español. Pedro José Márquez escribió en italiano sobre las ruinas del Tajín y Xochicalco. Clavijero escribió en italiano y español.

Andrés Cavo escribió en español la *Historia civil y política de México* (que son los tres siglos del virreinato) y es el complemento de *La Historia Antigua de México*, de Clavijero.

Pero esto no es lo importante. El lenguaje común de la genera-

ción del 67, es el interno: la afinidad del verbo mental, la común expresión de sus ideas sobre el desarrollo de la Filosofía y las Ciencias, sobre la defensa de los indígenas, y sobre la madurez de México para su independencia. Todos ellos no se llamaban ya españoles, sino mexicanos. Rafael Landívar, nacido en Guatemala, decía de sí mismo: soy guatemalteco del reino de México.

El hecho de que la generación anterior a la del 67 estuviera anquilosada y envejecida, se ve claro al oír las quejas de todo este grupo y saber lo que sufrieron estos jóvenes mexicanos, incluso de parte de algunas autoridades de su religión, que no comprendieron el momento que estaban viviendo.

Ahora, una vez que la República Mexicana goza de cierta paz (al menos en el compás de espera que vivimos) y el Estado empieza a perder el miedo a la Iglesia, se van dando a conocer mejor los actores y las obras de esta generación. Los organismos oficiales les van haciendo justicia.

Francisco Javier Clavijero es sin duda quien ha tenido mayor resonancia dentro y fuera del país (incluso durante su vida) por sus obras y actuación.

Sus restos fueron traídos de Bolonia a México y colocados en la Rotonda de los Hombres Ilustres en 1970 por el Gobierno de la República. (Los restos de Rafael Landívar los trajo de Bolonia a Guatemala el gobierno de su país en 1950 y le hizo un mausoleo. La universidad de los jesuitas de Guatemala se llama Universidad Rafael Landívar).

La figura de Clavijero que se está recordando este año del bicentenario de su muerte, en todo México, pero especialmente en las universidades, se considera como un estímulo para la juventud universitaria.

En las calles de Ciudad Satélite

en el Estado de México está el nombre de Clavijero entre los historiadores. De paso diré que Clavijero lo escribió siempre con g. Su familia, a veces con g, a veces con j. Era más conforme a la etimología latina la g, puesto que viene de *Claviger*, de *claves* = llaves, y *gerere* = llevar, el que tiene las llaves. Este nombre se daba al dios Jano, custodio de las puertas de las casas. Pero el uso, amo, juez y norma del hablar, como dijo el poeta Horacio, implantó

El nombre de Abad está en Ciudad Satélite entre los pensadores, y el de Alegre entre los poetas.

Clavijero además tiene una avenida en Jalapa y una efigie. En el puerto de Veracruz, donde nació, una escuela y una calle llevan su nombre, y el que se llamó por décadas el "Teatro Principal" (algo así como aquí el "Teatro Degollado") y después por un corto espacio de tiempo, el "Teatro Carrillo Puerto", ahora se llama el "Teatro Francisco Javier Clavijero", con gran satisfacción de todos los veracruzanos.

En Puebla, en el que fue *Colegio del Espíritu Santo*, de los jesuitas, donde estudió Clavijero la teología y ahora sede de las humanidades de la Universidad Autónoma de Puebla (conocida como "El Carolino"), el Auditorio lleva el nombre de Francisco Javier Clavijero.

En Morelia, donde enseñó Clavijero, el antiguo colegio de los jesuitas ya restaurado es ahora el Palacio Clavijero. Allí se celebró del 25 al 28 de agosto de 1987, el *Homenaje Nacional a Clavijero*, con la participación de las universidades de Michoacán, la UNAM y la de Guadalajara, y los institutos de Antropología e Historia, de Cultura Mexicana y otros.

En Guadalajara llevan su nombre una calle en la Colonia Chapalita y una escuela en el Barrio

